

CAPÍTULO QUINTO

al cual tomó de la rienda, y del cabresto al asno, y se encaminó hacia su pueblo, bien pensativo de oír los disparates que don Quijote decía; y no menos iba don Quijote, que, de puro molido y quebrantado, no se podía tener sobre el berrico y de cuando en cuando daba unos suspiros, que los ponía en el cielo, de modo que de nuevo obligó a que el labrador le preguntase le dijese qué mal sentía; y no parece sino que el diablo le traía a la memoria los cuentos acomodados a sus sucesos, porque en aquel punto, olvidándose de Valdivinos, se acordó del moro Abindarráez, cuando el alcaide de Antequera, Rodrigo de Narváez, le prendió y llevó cautivo a su alcaidía. De suerte que, cuando el labrador le volvió a preguntar que cómo estaba y que sentía, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo Abencerraje respondía a Rodrigo de Narváez, del mismo modo que el había leído la historia en La Diana de Jorge de Montemayor, donde se escribe; aprovechándose de ella tan a propósito, que

CAPÍTULO QUINTO

el labrador se iba dando al diablo de oír tanta máquina de necedades; por donde conoció que su vecino estaba loco, y dábase prisa a llegar al pueblo por excusar el engado que Don Quijoté le causaba con su larga arenga. Al cabo de lo cual dijo:

— Sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Narváez, que esta hermosa Jarija que he dicho es ahora la linca Dulcinea del Toso, por quien yo he hecho, hago y haré los más famosos hechos de caballerías que se han visto, vean ni verán en el mundo.

A esto respondió el labrador:

— Miré vuestra merced, señor, pecador de mí, que yo no soy don Rodrigo de Narváez, ni el marqués de Mantua, sino Pedro Alonso, su vecino; ni vuestra merced es Valdivinos, ni Abindarráez, sino el honrado hidalgo del señor Quijana.

— Yo sé quién soy — respondió don Quijoté —, y sé que puedo ser, no sólo los que he dicho, sino todos los Doce Pares de Francia, y aun todos los nueve de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron se aventajarán las mías.

En estas pláticas y en otras semejantes llegaron al lugar, a la hora que anocheía, pero el labrador aguardó a que fuese algo más noche, porque no

3

CAPÍTULO QUINTO

viesen al molido higaldo tan mal caballero. Llegada, pues, la hora que le pareció, entró en el pueblo, y en la casa de don Quijote, la cual halló toda alborotada, y estaban en ella el cura y el barbero del lugar, que eran grandes amigos de don Quijote, que estaba diciéndoles su ama a voces:

¿Qué le parece a vuestra merced, señor licenciado Pero Pérez - que así se llamaba el cura, de la desgracia de mi señor? Tres días que no parecen él, ni el rocín, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí!, que me doy a entender, y así es ello la verdad como nací para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene y se le lee tan de ordinario le han vuelto el juicio; que ahora me acuerdo de haberle oído decir muchas veces, hablando entre sí, que quería hacerse caballero andante e irse a buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean a Satanás y a Barrabás tales libros, que así han hechado a perder el más delicado entendimiento que había en toda la Mancha. La sobrina decía lo mismo, y aún decía más:

-Sepa, señor maese Nicolás - que éste era el nombre

CAPÍTULO QUINTO

del barbero-, que muchas veces le aconteció a mi señor tío estar leyendo en estos desalmados libros de desaventuras dos días con sus noches, al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos, y ponía mano a la espalda, y andaba a cuchilladas con las paredes; y cuando estaba muy cansado decía que había muerto a cuatro gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio decía que era sangre de las heridas que había recibido en la batalla, y bebíase luego un gran jarro de agua fría, y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le había traído el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé a vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que los remediaran antes de llegar a lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros, que tiene muchos que bien merecen ser abrasados, como si fuesen de herejes.

-Esto digo yo también- dijo el cura-, y a fe que no se pase el día de mañana sin que de ellos no se haga acto público, y sean condenados al fuego, porque no den ocasión a quien los

CAPÍTULO QUINTO

Leyere de hacer lo de mi buen amigo debe de haber hecho. Todo esto estaban oyendo el labrador y Don Quijote, con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino y, así, comenzó a decir voces:

- Abran vuestras mercedes al señor Valdovinos y al señor marqués de Mantua, que viene malferido, y al señor moro Abincarráez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narváez, alcaide de Antequera.

A estas voces solieron todas, y como conocieron los vnos a su amigo, las otras a su amo y tío, que aún no se había apeado del jumento, porque no podía, corriendo a abrazarle. Él dijo:

- Ténganse todos, que vengo malferido, por culpa de mi caballo. Líeveme a mi lecho, y llámese, si fuere posible, a la sabida Uruganda, que cure y cante de mis heridas.

- ¡Mirá, en horamaza -dijo a este punto el alma-, si me decía a mí bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor! suba vuestra merced en buen hora, que, sin que venga esa hurgada, le subremos aquí

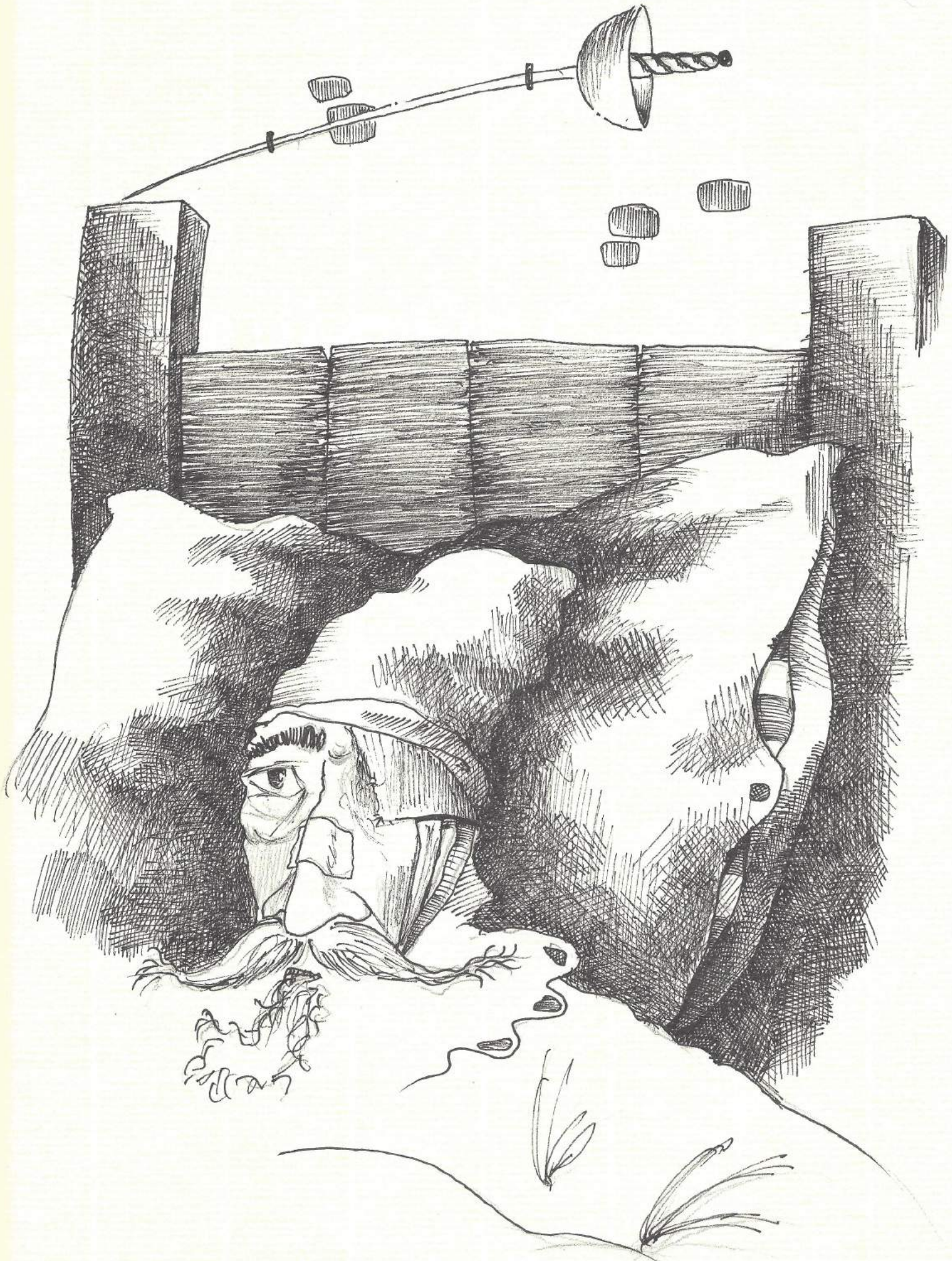
CAPÍTULO QUINTO

Curar. ¡ Malditos, digo, sean otra vez, y otras ciento estos libros de caballerías, que tal han parado a vuestra merced!

Llevaronle luego a la cama y, catándole las heridas, no le hallaron ninguna; y él dijo que todo era molimiento, por haber dado una gran caída con Rocinante, su caballo, combatiéndose con diez jayanes, los más desafortados y atrevidos que se pudiesen hallar en gran parte de la tierra.

-¡Ta, ta! - dijo el cura - ¿Jayanes hay en la danza? Para mí santiguada que yo los queme mañana antes que llegue la noche.

Hicieronle a don Quijote mil preguntas, y a ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejasen dormir, que era lo que más le importaba. Hízese así, y el cura se informó muy muy a la larga del labrador del modo que había hallado Don Quijote. Él se lo contó todo, con los disparates que al hallarle y al traerle había dicho, que fue poner más deseo en el licenciado de hacer lo que otro día hizo, que fue llamar a su amigo el barbero maese Nicolás, con el cual se vino a casa de don Quijote.



8

P. Diego A

CAPÍTULO VI

Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo

El cual aún todavía dormía. Pidió las llaves a la sobrina del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dio de muy buena gana. Entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños; y, así como el ama los vio, volviéndose a salir del aposento con gran priesa, y tomó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo:

- Tome vuestra merced, señor licenciado; rocíe este aposento, no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de las que les queremos dar echándolos del mundo.

Causó risa al licenciado la simplicidad del ama y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno a uno, para ver de qué

(10)

CAPÍTULO SEXTO

trataban, pues podía ser hallar algunos que no merecieran castigo de fuego.

- No - dijo la sobrina -; no hay para qué perdonar a ninguno, porque todos han sido los dañados: mejor será arrojellos por las ventanas al patio y hacen un número de ellos y pegarles fuego; y, si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo.

Lo mismo dijo el cura: tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes; mas el cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolás le dio en las manos fue Los cuatro de Amadis de Gaula, y dijo el cura:

- Parece cosa de misterio ésta, porque, según he oído decir, este libro fue el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen de éste; y, así, me parece que, como a dogmatizador de una secta tan mala, le debemos sin excusa alguna condenar al fuego.

CAPÍTULO SEXTO

(11)

- No, señor - dijo el barbero -, que también he oído decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto; y así, como a único en su arte, se debe perdonar.

- Así es verdad - dijo el cura -, y por esa razón se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto a él.

- Es - dijo el barbero - las sergas de Esplandián, hijo legítimo de Amadís de Gaula.

- Pues en verdad - dijo el cura - que no le ha de valer al hijo la bondad del padre. Tomad, señora ama, abrid esa ventana y echadle al corral, y de principio al montón de la hoguera que se ha de hacer.

Hízolo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandián fue rotando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba.

- Adelante - dijo el cura.

- Este que viene - dijo el barbero - es Amadís de Grecia, y aun todos los de este lado, a lo que creo, son del mismo linaje que Amadís.

- Pues rayar todos al corral - dijo el cura -,

12

CAPÍTULO SEXTO

que a trueco de quemar a la reina Pintiquiniestra, y al pastor Daniel, y a sus églogas, y a las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemaré con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante.

- De ese parecer soy yo - dijo el barbero.

- Y aún yo - añadió la sobrina.

- Pues así es - dijo el ama -, vengan, y al corral con ellos.

Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera y dio con ellos por la ventana abajo.

- Quién es ese tonel? - dijo el cura.

- Éste es - respondió el barbero - Don Olivante de Laura.

- El autor de este libro - dijo el cura - fue el mismo que compuso a Jardín de flores, y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es más verdadero o, por decir mejor, menos mentiroso; sólo sé decir

CAPÍTULO SEXTO

que éste ira' al corral, por disparatado y arrogante.

- Este que se sigue es Florismarte de Hircania - dijo el barbero.

- ¿Ahí esta' el señor Florismarte? - replicó el cura -.

Pues a fe que ha de parar presto en el corral, a pesar de su extraño nauimiento y soñadas aventuras, que no da lugar a otra cosa la dureza y sequedad de su estilo.

Al corral con e'l, y con esotro, señora ama.

- Que me place, señor mío - respondía ella; y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado.

- Este es el caballero Platir - dijo el barbero.

- Antiguo libro es éste - dijo el cura -, y no hallo en él cosa que merezca venia. Acompañe a los demás sin réplica.

Y así fue hecho. Abriose otro libro y vieron que tenía por título El caballero de la Cruz.

- Por nombre tan santo como este libro tiene, se podía perdonar su ignorancia; mas también se suele decir «tras la cruz esta' el diablo». Vaya al fuego.

Tomando el barbero otro libro, dijo:

- Éste es Espejo de caballerías.

- Ya conozco a su merced - dijo el cura -. Ahí anda el señor Reinaldos de Montalban con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco, y los Doce Pares, con el verdadero historiador Turpiñ, y en verdad que estoy

CAPÍTULO SEXTO

por condenarlos no más que a destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invención del famoso Mateo Boyardo, de donde también tejó su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto; al cual, si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno, pero, si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza.

- Pues yo le tengo en italiano - dijo el barbero -, mas no le entiendo.

- Ni aun fuera bien que vos le entendiéades - respondió el cura -; y aquí le perdonáramos al señor capitán que no se hubiera traído a España y hecho castellano, que le quitó mucho de su natural valor, y lo mismo harán todas aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que, por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellas tienen en su primer nacimiento. Digo, en efecto, que este libro y todas los que se hallaren que tratan de estas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con más acuerdo se vea lo que se ha de hacer con ellos, exceptuando a un Bernardo del Caprio que anda por ahí, y a otro llamado Roncesvalles; que éstos, en llegando a mis manos, han de estar en

CAPÍTULO QUINTO

las del ama, y de ellas en las del fuego, sin remisión alguna.

Todo lo confirmo el barbero y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el cura tan buen cristiano y tan amigo de la verdad, que no dirigía otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro vio que era Palmerin de Inglaterra; lo cual visto por el licenciado, dijo:

- Esa oliva se haga luego rajas y se quemé, que aun no quedende ella las cenizas, y esa palma de Inglaterra se guarde y se conserve como a casa única, y se haga para ello otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Dario, que la disputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una, porque él por sí es muy bueno; y la otra, porque es fama que le copuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio; las razones, cortesanias y claras, que guardan y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo, pues, salvo vuestro buen parecer,

Religio 11

16

CAPÍTULO SEXTO

Señor maese Nicolás, que este y Amadís de Gaula queden libres del juego, y todos los demás, sin hacer mas cala y carta, perezcan.

— Nos señor conpadre — Replias el barbero —, que este que aqui tengo el apamado Don Belianís.

— Pues ése — Replió el cura —, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco rubeardo para purgar la demasiada cólera suga, y es necesario quitarle todo aque llo del Castillo de la Fama y otras impertinencias de más importancia, para lo qual se les da sus terminos de "Ultramariño", y como se enmeda en, así se usará con ellos de misericordia o de justicia; y en tanto, tened los vos, conpadre, en vuestra casa, mas no en dejéis leer a ninguno. — Que me plaça — Respondió el barbero.

Y sin querer cansarse mas en leer libros de caballerias, mandó al ama que tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral. No se dijo a tanta ni sorda, sino a quien tenía más gana de quemalles que de cechar una tela, por grande y delgada que fuera; y asiendo y casi de una vez, los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayó uno a los pies del barbero, que le tomó gana de ver quien era, y vió que decía, Historia del